

várias mujeres encinta. No contentos con esto, aquellos verdugos, abrieron á muchos el estómago, y llegaron hasta arrancar el corazón de uno de aquellos cuerpos que yacian en el suelo, mordiéndolo con los dientes y arrojándoselo mutuamente, y diciendo que ya sabian que habian de comer el corazón de un hugonote ántes de morir. ¡Un jóven llamado Rolot, hijo del procurador del rey, fué colgado á petición de su propio padre, áun cuando algunos querian salvarlo!» (1).

«Habiendo entrado los enemigos, no olvidaron ninguna especie de crueldad más que bárbara é inhumana, sin perdonar sexo ni edad, sano ni enfermo; porque en cuanto á hombres, los mataron que tenían de setenta á noventa años, y áun algunos paralíticos que hacía mucho tiempo estaban postrados en su lecho; habiendo entrado en el hospital, mataron á todos los pobres, sin exceptuar uno solo. En cuanto á niñas y mujeres, encinta ó no, mataron un gran número, colgándolas en las ventanas y en las galerías, y otras fueron arcabuceadas con sus hijos entre sus brazos. No solamente mataron, sino que al matar ejercieron todas las crueldades posibles, haciendo morir á unos con pequeñas heridas de daga y espada, precipitando á otros sobre las puntas de las alabardas, colgando á algunos por la barba al gancho de las cremalleras de las chimeneas y haciéndoles quemarse, cortándoles las partes genitales, y lo que es más, introduciendo á las mujeres muertas cuernos de buey y piedras, y salmos y otros libros de la Sagrada Escritura en las heridas de los muertos» (2).

Se dice y repite como un axioma que la religion ha dulcificado la ferocidad de las guerras. Los anales del siglo XVI desmienten en todas sus páginas esta glorificación del cristianismo. Matar, violar, saquear, no son seguramente virtudes cristianas; pero parece que el crimen se convierte en un acto de piedad cuando las víctimas son herejes. Un papa no se avergonzó de dirigir una carta de felicitación á Montluc, aquel querido hijo en Jesucristo que tan bien sabía colgar á los hugonotes. Pío IV dice que ha sabido por informe de un cardenal «con qué celo defendía Montluc la

(1) DE BÉZE, *Historia eclesiástica*, lib. VII (t. II, p. 386).

(2) Id., *ibid.*, lib. XII (t. III, p. 262).

causa de la religion católica, y con qué cuidado procuraba restablecer la observancia de la fe cristiana en su primer estado.» El vicario de Cristo alaba al verdugo de los hugonotes «por su gran virtud y piedad.» Asegura á aquel digno discípulo de Cristo «que no le faltará el favor eterno de Dios, puesto que tan gloriosamente defiende su buena causa» (1). Comparemos con estas alabanzas prodigadas á un hombre sanguinario la narración de un contemporáneo: «La crueldad llegó á ser muy grande, sin perdonar sexo ni edad, hasta matar á los niños pequeños en los brazos de sus madres, y en seguida á éstas. Pero no debe olvidarse la violencia de los dos jefes ya viejos; el uno de ellos fué tan infame, que quiso tener dos mujeres jóvenes en su parte de botín; y en cuanto á Montluc se condujo como un gacón!» (2).

¡Juzgue el lector de la moralidad del soberano pontífice, órgano infalible de la verdad absoluta! Sin embargo, Pío IV no era un hombre cruel, era un *bon vivant*. Por esto mismo es más notable su carta á Montluc; no es un hombre que habla y se extravía, es el pontificado que, en lugar de moralizar los pueblos, les da lecciones de crueldad. No hay que dudarlo: un papa canonizado nos dirá la enseñanza que los hombres de guerra recibían de Roma. Pío V envió un pequeño ejército en auxilio de los católicos de Francia, y dió al general orden *de no hacer ningun prisionero hugonote, de matar en el acto cuantos cayesen en sus manos* (3). El historiador de Pío V acusa á los liberales, discípulos de Voltaire, de que calumnian á la Iglesia: ¿inserta este escritor tan concienzudo la orden atroz que acabamos de transcribir? *M. de Falloux* se limita á decir que el papa mandó á sus tropas que observasen la disciplina más severa (4). La falsificación de la historia es trabajo perdido; se conservan las cartas del santo padre; todas respiran una fria crueldad, digna de un inquisidor; no son más que una

(1) Carta de Pío IV á Montluc, del 23 de Abril de 1562. (*Memorias de CONDÉ*, t. III, p. 317).—RAYNALDI, *Annales ad a.* 1562, núm. 153.

(2) DE BÉZE, *Historia eclesiástica*, lib. IX (t. II, p. 776).

(3) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. II, p. 376 y 377, nota.

(4) FALLOUX, *Historia de San Pío V*, t. I, p. 251 y 241 (edición de París, 1851).

excitación continua á la venganza, sin piedad ni misericordia. Dejemos la palabra al soberano pontífice.

El duque de Anjou derrotó á los hugonotes en Jarnac. Comprenderíamos la alegría del papa al recibir la noticia; pero apenas cabe la alegría en aquella alma feroz; no tiene más que un temor, el de que el vencedor sea indulgente. Pío V escribe á Carlos IX: « *Ninguna consideracion humana, ni respecto de las personas ni de las cosas, debe inducirte á perdonar á los enemigos de Dios, que nunca te han perdonado á tí; porque no conseguirás aplacar la cólera de Dios sino vengándolo CON EL MAYOR RIGOR de los malvados que le han ofendido. Tenga siempre Tu Majestad delante de los ojos el ejemplo de Saul: Dios le había mandado, por medio del profeta Samuel, que combatiere á los Amalecitas, pueblo infiel, y que no perdonase á ninguno. Saul no obedeció la voz de Dios, perdonó al rey, y guardó lo más precioso que tenían los vencidos; por esto, poco tiempo despues, se vió privado del trono y de la vida.* CON ESTE EJEMPLO HA QUERIDO DIOS ADVERTIR Á LOS REYES, QUE AL DESCUIDAR EL VENGAR LAS INJURIAS QUE SE LE HACEN, PROVOCAN SU CÓLERA Y SU INDIGNACION CONTRA SÍ MISMOS (1).

Como se ve, los católicos, lo mismo que los reformados, apelan á la ley antigua para buscar en ella lecciones de crueldad. Pero hay entre ellos la diferencia de que las opiniones de los protestantes no tenían más que una autoridad individual; así es que han podido abandonarlas, interpretando la historia sagrada segun las exigencias de una civilización progresiva. Los ortodoxos no pueden hacer otro tanto, á ménos de abandonar sus dogmas más caros, la inmutabilidad de la fe y la infalibilidad de los papas. El vicario de Dios es quien invoca la palabra divina para recordar á los príncipes que su primer deber es exterminar á los infieles y herejes. Si la ley de Dios es inmutable como expresion de la verdad eterna, debe regirnos hoy como regía á los Hebreos. Y no se diga que Jesucristo ha reemplazado la venganza con la caridad, porque vemos que su vicario impone á los príncipes la ley de la venganza, y este vicario es infalible cuando decide en materias de

(1) *Cartas de San Pío V*, por DE POTTER, p. 38-40.

fe ó de moral; y ¿no es cuestion de fe y de moral la caridad ó la venganza?

Habiendo sabido Pío V que los vencedores de los hugonotes querian perdonar á algunos prisioneros y dejarlos en libertad, se apresuró á escribir á la reina madre estas espantosas palabras: *Os ruego que esto no suceda; no perdoneis ningun esfuerzo, ningun cuidado para que ESOS HOMBRES EXECRABLES PEREZCAN EN LOS SUPPLICIOS QUE MERECEAN.* Este consejo sanguinario, dirigido á Catalina de Médicis, va, como siempre, apoyado en la palabra de Dios. El temor de que los católicos se mostrasen indulgentes con los vencidos era como una pesadilla para el santo padre. Escribió al duque de Anjou para recordarle los crímenes de los herejes; despues repite sus consejos de rigor: *Si algun hugonote tratase de evitar su justo castigo, implorando tu intercesion con el rey tu hermano, debes, EN VIRTUD DE TU PIEDAD RESPECTO DE DIOS Y DE TU CELO POR SU HONOR DIVINO, desatender sus súplicas; DEBES MOSTRARTE SIN EXCEPCION INEXORABLE CON TODOS. SI PROCEDIESES DE OTRA MANERA OFENDERIAS AL SEÑOR.* Parece que San Pío consideraba la indulgencia como el mayor de los pecados. Escribió cartas sobre cartas al duque de Anjou para que no se dejase persuadir por los que le aconsejasen misericordia para los malvados. Llegó hasta amenazar al duque de Anjou y á la familia real con la venganza divina, *si permitian que tantas y tan grandes ofensas hechas á Dios omnipotente quedasen impunes* (1).

¿Por qué un papa, un santo, ha olvidado hasta tal punto la caridad, que es la primera de las virtudes predicadas por Jesucristo? El mismo nos lo dice: *No ambiciones*, escribe á Carlos IX, LA FALSA GLORIA DE UNA PRETENDIDA CLEMENCIA, *perdonando las injurias hechas á Dios mismo; PORQUE NADA ES MÁS CRUEL QUE LA MISERICORDIA CON LOS IMPÍOS QUE HAN MERECIDO EL ÚLTIMO SUPPLICIO* (2). Esta horrible máxima no es invencion de Pío V, es un axioma de teología. Los herejes son enemigos de Dios; se manda al cristiano perdonar las injurias que se le infieren, pero ¿dónde está escrito que el hombre tenga el derecho de perdonar las inju-

(1) *Cartas de San Pío V*, por DE POTTER, p. 51 y 63.

(2) *Ibid.*, p. 87.

rias que se hacen á Dios? Dejar vida á los herejes es comprometer la salvacion de todos los fieles, á quienes podrán extraviar con sus errores. ¿Qué se diría de un juez que, movido á compasion, dejase libre á una partida de asesinos en medio de pacíficos ciudadanos? ¿No sería esto el colmo de la crueldad? ¿Qué dirémos, pues, del príncipe que se muestra indulgente con criminales mil veces más peligrosos? Porque, al fin y al cabo, los bandidos no pueden quitarnos más que la vida presente, al paso que los herejes nos quitan la vida eterna. Y si se pregunta á los católicos por qué son tan criminales los herejes, no tienen más respuesta que su pretendida revelacion: la Iglesia es depositaria de la verdad revelada, luego todos los que se separan de sus creencias son culpables de lesa majestad divina y merecen el último suplicio.

Como Pío V está profundamente convencido de la revelacion y de los deberes que impone á los príncipes, no cesa de recomendarles un rigor implacable. Escribe al cardenal de Lorena, su legado en Francia, que es preciso emplear la mayor severidad en castigar con el último suplicio á los hombres que han atacado la fe católica: *¡No es posible aplacar á Dios más que con el justo castigo de los culpables! ¡Qué religion! ¡Qué concepto de Dios! ¿Es este el Dios del Evangelio, ó el Dios de los salvajes? El papa exhorta al cardenal, le conjura á que excite incesantemente á su querido hijo en Jesucristo, el rey cristianísimo, á vengarse de sus enemigos, que son los de Dios omnipotente. El rey no puede complacer al Redentor más que mostrándose INEXORABLE (1). Cansa escuchar á aquel vicario de Cristo, que parece un verdugo más bien que un cristiano, y que convierte á Dios en verdugo. Aquel Dios necesita sangre, sangre de todos los que se resistan á creer que el papa es su representante. ¡Admiremos la imbecilidad de los infalibles! Pío V quiere restaurar la Iglesia, y no advierte que las horribles máximas que predica abren un abismo entre la Iglesia y la humanidad! A los que todavía sueñan en el siglo XIX con el regreso al pontificado y al catolicismo de la Edad Media, no hay más que recordarles las palabras sanguinarias de un papa canonizado, pronunciadas en nombre de Dios: *Es preciso que Tu Majestad castigue**

(1) *Cartas de San Pío V*, p. 54-56.

sin piedad á los enemigos de Dios con las justas penas establecidas por las leyes, porque si dejas de perseguir las injurias hechas á Dios, ciertamente acabarás por cansar su paciencia y por provocar su cólera. NO SE DEBE ESCUCHAR NINGUNA SÚPLICA, NI TENER EN CUENTA VÍNCULO ALGUNO, NI DE AMISTAD NI DE PARENTESCO; DEBES SER INEXORABLE (1).

¡Sangre y más sangre! ¡Siempre sangre! ¡Sobre todo, nada de piedad ni de misericordia! Hé aquí las lecciones que da un vicario de Cristo á un príncipe cruel por naturaleza. Y las repite hasta la saciedad. A cada victoria conseguida por los católicos, el Papa predica «el exterminio de los infames herejes.» Escribe á Carlos IX que debe empezar por dar muerte á todos los que han empuñado las armas contra Dios y su rey; despues debe establecer inquisidores en cada ciudad para destruir la herejía hasta sus últimas raíces (2). Cuando se celebró la paz entre los católicos y los reformados, el Santo Padre reprobó como el mayor de los crímenes lo que la razon considera hoy como el primer deber: *Así como no hay nada comun entre Satanás y los hijos de la luz, creemos indudable que no puede haber ningun contrato, á no ser lleno de falsedades y de engaños, entre los católicos y los herejes.* Si el rey tiene la desgracia de firmar la paz, caerá entre las manos del Dios vivo que destruye los Estados por los pecados de los reyes y de los pueblos, y los quita á sus antiguos señores para someterlos á otros nuevos (3).

Hé aquí de qué manera humanizó el pontificado las costumbres en el siglo XVI. Asombra el furor de las guerras religiosas; una cosa debia asombrar, y es que no hayan venido á parar al exterminio de los reformados ó de los católicos, porque las palabras de venganza que salian de Roma eran repetidas en todos los púlpitos. La órden de los jesuitas, fundada para combatir la reforma, se distinguió en medio de aquel frenesí; los que se decian discípulos por excelencia de Cristo, predicaban que no se debia admitir paz ni tregua con los herejes, que el darles muerte era cosa

(1) *Cartas de San Pío V*, p. 59-61.

(2) *Ibid.*, p. 86 y sig.

(3) *Ibid.*, p. 102, 109 y sig.

agradable á Dios (1). Estas excitaciones diarias á la crueldad acabaron por trasformar á los hombres en fieras. Los jefes de la Liga pidieron que no se perdonára la vida á ningun prisionero, á ménos de que diera seguridad de vivir como católico (2). ¿Quién podria decir la influencia funesta que ejercieron sobre las pasiones del pueblo aquellas predicaciones sanguinarias? Los católicos trabajan hoy por lavar á su Iglesia de la sangre de la noche de San Bartolomé: empiecen, pues, por destruir las cartas sanguinarias dirigidas á Carlos IX por Pío V. Segun se dice, la horrible máxima de que *la compasion hácia los enemigos de Dios es un crimen*, fué la que arrastró al desgraciado Carlos IX á permitir la matanza de los hugonotes. ¿Y quién le ha predicado hasta la saciedad tan santa moral? ¡Pío V, el héroe de la reaccion católica, el papa canonizado, el vicario infalible de Cristo!

III.

Dejemos á un lado los hombres de Iglesia y su implacable crueldad. Para reconciliarnos con la especie humana, hablemos de un hombre de guerra, que no es un santo, como Pío V, y que, sin embargo, es infinitamente superior á él por la nobleza de sus sentimientos y por la generosidad de su carácter. « Todos los siglos, dice Voltaire, recordarán estas palabras de Enrique IV: « Si perdeis vuestras banderas, agrupaos al rededor de mi penacho blanco; siempre lo encontraréis en el camino del honor y de la gloria. » Nosotros apreciamos igualmente esta exclamacion nacida del corazon: *Salvad á los Franceses*. Los vencidos, sin embargo, eran sus encarnizados enemigos, ¡los fanáticos que se habian echado en brazos de España! Despues de la batalla de Ivry, Enrique IV podia tomar á París por hambre; prefirió dar víveres á los sitiados. Los generales publicaron prohibiciones, bajo pena de muerte, de llevar víveres á los parisienses. Un dia en que, para hacer un ejemplar, iban á ahorcar á dos campesinos que habian llevado

(1) DE THOU, *Historia universal*, lib. XLIV.

(2) *Memorias de la Liga*, t. II, p. 269 y sig.

carretas de pan, tropezó con ellos Enrique que iba visitando los cuarteles; arrojáronse á sus plantas, haciéndole ver que no tenian otra manera de ganarse la vida. *Id en paz*, les dijo el rey, dándoles el dinero que llevaba consigo. « El Bearnais es pobre, añadió; si tuviera más, os lo daría » (1).

Los enemigos á quienes daba víveres Enrique IV eran aquellos furiosos ligueros que predicaban en todos los púlpitos el asesinato del rey hugonote. Sus amigos murmuraron de su humanidad; nunca hubo acusacion más gloriosa: « La clemencia, en la que incurre con exceso, dice la *Sátira Menipea*, es una virtud digna de elogio, y que acaba por dar grandes frutos, áun cuando sean tardíos. Pero no deben usarla más que los vencedores y los que no tienen nadie que les resista. » Casi se le imputaba como un crimen su compasion. « Nuestro rey debería guardar su clemencia para cuando nos tenga á todos bajo su poder. Es inclemencia, y hasta crueldad, dice Ciceron, el perdonar á los que deben morir, y no se acabarán nunca las guerras civiles, si queremos continuar siendo clementes cuando es necesaria la severidad de la justicia. La malicia de los rebeldes se fortalece y se endurece, cuando se los trata con dulzura, porque creen que se tiene miedo de irritarlos » (2). Este es el lenguaje de la política. Enrique IV se dejó llevar por los instintos de su buena naturaleza, y resultó que el sentimiento fué más razonable que la razon; su humanidad venció á la Liga tanto como su valor.

Enrique IV, el hereje, el relapso, tiene más caridad que Pío V, el vicario de Cristo, el papa canonizado. En vano hemos buscado en un escritor católico del siglo XVI una protesta contra la horrible doctrina que fomenta las guerras de religion; no hemos encontrado más que apologías del asesinato religioso. Es preciso entrar en el campo de los hugonotes y visitar á los libres pensadores para oír algunos acentos de humanidad. Hemos tributado ya homenaje á un noble guerrero que predicó la paz en medio de los furoros de una guerra encendida por la religion; *La Noue* aniquila todas las sutilezas de los teólogos. Segun los hombres de Iglesia se hacía

(1) VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, c. 174.

(2) *Sátira Menipea*, p. 225 y sig. (edic. de LABITTE).

la guerra para defender el honor de Dios. « ¡Oh cristianos! exclama *La Noue*, que os devorais mutuamente con más crueldad que las fieras rabiosas, ¿hasta cuando durará vuestra rabia?... ¿Qué causas tan violentas son las que os excitan? Si es por *la gloria de Dios*, considerad que no le son agradables los sacrificios de sangre humana; por el contrario, los detesta, porque ama la misericordia y la verdad..... Si os agitaís por la religion, me parece que desconocéis su naturaleza; y puesto que no es más que caridad, os debe mover á dulzura. Si es por el Evangelio, escuchad lo que dice: *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios*..... Luego no busqueis más excusas para alargar vuestros males » (1).

Este discurso, digno del campesino del Danubio en cuya boca lo pone *La Noue*, es una vergüenza para los hombres de iglesia. Ha sido preciso que un guerrero recordara á los vicarios de Cristo que su religion consiste esencialmente en la caridad; ha sido preciso que un hereje enseñe á los ortodoxos que los sacrificios humanos no agradan al Dios de los cristianos. No faltaba más que una cosa para condenar la crueldad de los ungidos del Señor, y era que un libre pensador se mostrase más religioso que los que explotaban el Evangelio para favorecer su ambicion. *Montaigne* era por naturaleza dulce y pacífico: dice « que no podía ver sin desagrado que se persiguiese y matase á un animal sin defensa. » Se concibe qué impresion debieron hacer sobre él las horribles guerras de religion de que fué testigo. « Apenas, dice, podía persuadirme, ántes de haberlo visto, que hubiese almas tan feroces que, por el solo placer del asesinato, quisieran cometerlo, sin enemistad, sin provecho y con el único fin de gozar del espectáculo de un hombre que muere y agoniza. » *Montaigne* se engaña al decir que esto tenía lugar sin enemistad; él mismo dice que la piedad y la religion servian de pretexto. Para vergüenza de los cristianos de su tiempo, compara su crueldad con la de los salvajes: « Podemos llamarlos bárbaros, dice, conforme á las reglas de la razon, pero no segun lo que hacemos nosotros que les excedemos

(1) LA NOUE, *Discursos políticos y militares*, XIX, p. 319 y sig.

en toda clase de barbarie » (1). Los furores de la religion explican esa recrudescencia de salvajismo; trasformaban á cada soldado en inquisidor; los vencedores se complacian en torturar, porque los vencidos eran enemigos de Dios.

SECCION IV.—EL DERECHO DE GUERRA EN EL SIGLO XVII.

§ I.—La guerra de los treinta años.

En los tiempos modernos, la guerra es un estado excepcional; no comprenderiamos que la sociedad pudiese subsistir si este estado violento se prolongase durante una generacion. Tal ha sido, sin embargo, la condicion de la Alemania en el siglo XVII. Se ha dicho que despues de la guerra de los treinta años, la Alemania estaba más desolada que el mundo romano despues de la invasion de los Bárbaros. Esto no es una exageracion. La invasion de los pueblos del Norte fué destructora como un huracan; pero la tempestad no castiga nunca más que en algunas localidades. No sucedió así en el siglo XVII; no quedó un rincon de la Alemania al abrigo del furor de los partidos beligerantes. La guerra en grande, inaugurada por el siglo XX, no existia todavía. Se acusa al genio del hombre por haber multiplicado hasta lo infinito los males de la guerra, empleando masas de soldados y perfeccionando los medios de destruccion. Es un error; léjos de aumentar los horrores de la guerra, la civilizacion los disminuye. Este es el consuelo que nos ofrece el espantoso espectáculo de la guerra de los treinta años.

Los historiadores, espantados de tales horrores, han buscado sus causas. En el siglo XVII los ejércitos no recibian sueldo regular; el que se les pagaba no bastaba para las primeras necesidades de la vida; el merodeo era, pues, una necesidad, y la necesi-

(1) MONTAIGNE, *Ensayos*, II, 11; 1, 30.